

LA CONDICIÓN DEL HOMBRE EN LA RELIGIÓN.

A MI AMIGO EL SR. D. JOSÉ RAMÓN PACHECO.

Cuando la juventud despavorida,
víctimas, delirios y pasiones,
vaga entre incertidumbres y aficciones,
errante en el desierto de la vida,

¡Sublime religión! le das asilo,
consuelas su existir desesperado,
en tus brazos el hombre reclinado
no teme el porvenir, duerme tranquilo.

Cuando la tempestad sus rayos lanza,
tiembla el malvado al rebramar el viento,
mientras del justo á Dios el firme acento
glorifica con himnos de alabanza.

Dulce es al hombre en su penoso duelo,
cuando el tormento pertinaz le aterra,
decir burlando á la mezquina tierra:
«Allí es mi patria,» y señalar el cielo.

Indícame la mano que atrevida
el velo desgarró de lo futuro:
¿quién es aquél que penetró seguro
el misterio insondable de otra vida?

Nadie: terrible el porvenir retumba,
y el mortal ciego que en el mundo vive,
el eco, y nada más, lejos percibe,
que vuelve desde el seno de la tumba.

Se busca el porvenir allá en el cielo,
no lo encuentra el mortal, á Dios insulta,
y al perderse en la duda le sepulta
el lodo vil de miserable suelo.

¡Miserable humanidad, cuál es tu suerte!
¡Cuál tu destino que lo ignora el mundo!
¿El placer puro y el dolor profundo
se apagan con el soplo de la muerte?

Como la flor cuando el invierno asoma,
que el frío soplo precursor del hielo,
el tallo inclina en el humilde suelo
sin colores, sin vida, sin aroma!

¿Y el alma que me anima pensadora
jamás del lindé de la tumba pasa,
cual gota que al caer sobre la brasa
tócala, y al momento se evapora?

No, jamás; nuestra noble inteligencia
nunca perece, que las almas puras
reflejarán por siempre en las alturas
el brillo de la augusta omnipotencia.

¿Qué, dió el Eterno, Padre de la vida,
su lumbré al sol, su animación al mundo,
para hacinar en él el polvo inmundo
de nuestra humanidad envilecida?

Tiemble al futuro, el infeliz malvado,
cuando á la muerte atónito sucumba,
que no será su crimen en la tumba
con su asqueroso cuerpo sepultado.

Desprecie los horrores del averno
y burle los misterios de la vida,
cesará el sueño, y su alma sorprendida
se aterrará á la vista del Eterno.

Y el justo, con el gozo más profundo,
verá de gloria su alma circundada,
cuando en los negros centros de la nada
se pierda el tiempo y se desplome el mundo.

A DIOS.

A MI BUEN AMIGO EL SEÑOR DON
MANUEL CARPIO.

¡Oh mi Dios! con el himno que el mundo
Te levanta al brillar de la aurora,
Que resuena mi lira sonora
Palpitando de intenso placer.
A los valles perfuma la brisa;
La luz baña el inmenso horizonte,
Y á la espléndida nieve del monte
Apacible tiñó el rosicler.

¡Cuál desplegan sus cantos las aves!
¡Cuál murmura pacífico el río!
¡Como brilla el cristal del rocío
Que temblando se mece en la flor!
De ese bosque entre el verde ramaje
La diadema del sol se divisa,
Y si mueve las hojas la brisa
Mil matices les da su fulgor.

Corre hirviente la rauda cascada
Encrespando sus linfas de plata,
Mientras mansa la fuente retrata
En su fondo, del cielo el zafir.
Y allí vense cruzar los celajes
Cual bandadas de blancas palomas,
Y á sus alas empapan aromas
Que ha exhalado el aliento de Abril.

¡Dios amado! mi lira te enzalce
A tu acento de tierno cariño,
Este mundo cual tímido niño,
Le sonríe á tu amor paternal.

Tú, mi Dios, que encendiendo mil mundos
De tu augusta diadema al reflejo,
En la tierra le diste un espejo,
Y fué grande y magnífico el mar.

Tú, que abrigas la humilde semilla
Y la tornas en árbol potente,
Haz mi humilde clamor elocuente,
Haz mi canto sublime, inmortal.
Tú, la fuente insondable de vida,
Tú, que amparas al ángel del cielo,
A la planta rastrera del suelo,
Al insecto invisible del mar.

Otros mundos proclamen tu nombre
Con la pompa terrible del trueno,
Al rugir de los mares el seno,
Al gemir reventando el volcán,
Yo, Señor, cantaré tu ternura,
Dios amante del padre de mi alma;
Dios clemente y arco-iris de calma,
De la vida en la atroz tempestad.

Es más dulce tu voz de esperanza
Que de amante paloma el arrullo,
Que el olor al romper el capullo
Vierte ufana en los campos la flor.
Si tu nombre animó el pensamiento,
Se ve entonces, radiante, Dios mío,
Como gota de claro rocío
Si la hieren los rayos del sol.

Cuando el alma, cual águila rauda,
De este mundo levanta su vuelo,
En tí encuentra solaz y consuelo,
Y refugio y placer celestial.
Tú alumbraste la lúgubre tumba,
No fué el cráter do se hunde la vida,
Es un punto de dulce partida
Que conduce á tu trono inmortal.

¡Fe sublime! en los mares del mundo
Fija estrella, magnífico faro,
Fiel promesa de alivio y amparo,
Luz intensa de eterno fulgor.

Es la tumba la cuna del alma;
En su seno despierta á otro mundo,
Donde expira el destino iracundo
Bajo el solio esplendente de Dios.

Allí el canto será de armonía
Que rompiendo de incienso las nubes,
Te consagran ardientes querubes
En lenguaje extranjero al mortal.
Y con vida el feraz pensamiento
Alzará omnipotente su vuelo,
Cual las olas elevan al cielo
Las espumas de plata del mar.

Y allí Dios derramando luz viva,
Tachonando el feliz pavimento,
Soles mil y universos sin cuento
Que su planta al pasar engendró.
Y allí ardiente la dulce ternura,
Y allí libre el pensar de la mente:
Sin misterios el grato presente,
Y sin velo la frente de Dios.

¡Oh, Señor! si el lenguaje del alma
Que en los frágiles labios expira,
Concedieras benigno á mi lira,
Grande, augusto entonara el cantar.
Pero muere mi afecto de fuego
Al pasar del mortal al idioma,
Como dejan las flores su aroma
De aire infecto al maligno soplar.

Mas en tanto que escucho del ángel
En tu trono vibrar la arpa de oro,
Yo en mi canto diré que te adoro,
Que das alma á mi enérgica voz.
Vuele el canto al abrirse las flores,
Con la luz que derrama la aurora,
Con el himno de la ave canora
Con el vívido rayo del sol.

Julio de 1844.

A MARIA MADRE DE DIOS

Ven, lira de dolor, la que he empapado
Mil y mil veces con mi llanto acerbo;
Ven, confidente de mis hondas penas;
Ven, compañera en mi orfandad sombría;
Ven, y da voz á mi íntimo quebranto,
Pregonando la angustia de María.

Hela allí sobre el Gólgota gimiendo,
De Jesús presenciando la agonía;
El tormento desgarrar sus entrañas
Y lloran sangre á su violencia impía.

Tú, á cuya sola voz, á cuyo acento
Descendieron cual gotas de rocío
Los astros á poblar el firmamento,
Gimes como mortal ¿tú? ¿tú, Dios mío?
Como lebrél te halaga la tormenta,
Y sumiso á tus plantas duerme el rayo:
¿Por qué tu ira potente no revienta?
¿Por qué sucumbes al letal desmayo?
¿No eres el Dios que al sacudir el brazo
Las nubes agitaste en torbellino,
Proclamando el relámpago y el trueno
Tu nombre excelso y tu poder divino?

Vedlo como á mortal: su rostro bello
Se empapa en el sudor de la congoja;
Disperso está en su frente su cabello
Que unió la sangre y que la sangre moja.

Taladradas sus plantas y sus manos
Por sacrílego hierro divididas,
Al palpitar el cuerpo atormentado,
Crujen ¡ay! dilatando las heridas.

Convulso y respirando con fatiga,
Dolientes ayes vienen á su boca,
Que acoge con sarcasmo y que sofoca
Con placer infernal chusma enemiga.

Giraba el sol entre sangrientas nieblas,
Como en la noche viajador perdido,
Y la tierra gimió cual siervo herido,
Y á la cruz se abrazaron las tinieblas.

De su dolor en el luchar ansioso
Tuvo Dios en tu faz el mirar fijo,
Y señalando al hombre, cariñoso
Exclamó: ¡Madre, es tu hijo!

Voz que vino del seno de la muerte
Como aura mansa de consuelo y vida;
Voz celestial que tierna nos convierte
En tus hijos también, Madre querida.

Vínculo de dolor al hombre te une:
Que es patrimonio del mortal el llanto:
Es hermosa tu ráfaga de gloria;
Son sublimes tus horas de quebranto.

Madre eres del que llora sin amparo
Sobre el seno de bronce del desprecio;
Báculo del decrepito que huella
El arenal que á los sepulcros guía;
En el mar de la vida dulce estrella
Para aquel que sin nombre se extravía;
Tú eres reina que al mísero mendigo
Que con el labio seco besa el suelo
Implorando favor del poderoso,
Le sonries de amor, le das abrigo,
Y le consuelas cuando mira al cielo.

Tú, madre de mi Dios y luz del alma,
Pertenece quisiste al sentimiento,
Y ser el iris de la dulce calma
Que luce entre las nubes del tormento.

Yo, que nací á gemir, que hasta las heces
El cáliz apuré de la amargura,
Balbutiendo en el seno de mi madre
Invoqué apasionado tu ternura.

Ven—mi madre adorada cuando niño,
Al frente de tu imagen me decía—
Ven, le diremos nuestras hondas penas:
«Tú lloraste también, Virgen María.»

Y huérfano, y doliente, y consumido
Por el hielo letal de la pobreza,
Me pareció que tu divina mano
Acariciaba amante mi cabeza.

Huérfano soy: mi padre idolatrado
Se perdió en los desiertos de la muerte;

Como casco de barco abandonado
 Juega conmigo la implacable suerte.

Me dió la religión el infortunio
 Y la avivan los males que me oprimen,
Porque la cruz, insignia de quebranto,
Será siempre la fe de los que gimen.

Hijos del corazón, de mi alma dueños,
 Yo te los consagré, Virgen María,
 Y te invoqué cuando su labio en sueños
 Al ángel de la muerte sonreía:
 Ellos serán contigo mi esperanza
 En mi hora congojosa de agonía.

Virgen, me ves á tus divinas plantas
 Vertiendo el corazón adolorido;
 El oculto pesar lo ha envejecido;
 Alivio denle tus miradas santas.

Cada vez que la aurora de los cielos
 Marca el tiempo que fueron tus Dolores,
 Vengo á pedirle á tu piedad consuelos,
 Vengo á ofrecerte lágrimas y flores.

Acéptalas ¡oh madre! con ternura,
 Bien de mis hijos, fe de mi María,
 Y con la luz de mi postrero día,
 Halle piedad en tu sonrisa pura.

México, Marzo de 1850.

VIERNES SANTO.

JESUCRISTO CRUCIFICADO.

Cubre la gente el suelo del Calvario
 Y en círculo se agita cual las hojas
 Que revuelve furioso el remolino.
 En el aire abrasado libres flotan
 Del poder estandartes y pendones,
 Y leves, inconstantes banderolas
 Como yerbas marinas que levantan
 Su follaje flexible entre las olas.
 Del Centurión inquietos los bridones
 Con duro casco la montaña azotan,
 Y en tumulto y tropel la muchedumbre
 Al lugar del suplicio se amontona.
 Tendida está en la cumbre del Calvario
 Sobre el polvo la cruz ignominiosa;
 A la diestra se apiñan los verdugos
 De faz de hiena y de mirada torva:
 El dulce de la sangre está en sus labios,
 Y placer infernal sus ojos brotan.
 A la siniestra, en reducido grupo,
 Apenas respirando de congoja,
 Como estatuas inmóviles se encuentran
 Aquellos tristes que á Jesús adoran:
 Resignada la faz, mustia la frente,
 Conteniendo el dolor que la sofoca,
 Virgen Madre de Dios, allí en silencio
 El hondo cáliz de dolor agota.....
 En el fondo, el paisaje del Mar Muerto,
 De olas de plomo y descarnadas rocas,
 Y en el borde del lóbrego horizonte
 Nubes de sangre entre apiñadas sombras.
 Al lado de la cruz, grave y sublime,
 Como el sol entre nubes tempestuosas,